



Lit. Artigay y Ca

G. Barusa

Fundador de la Escuela N. Preparatoria.

Profesor de Patología General en la Escuela N. de Medicina.

GACETA MÉDICA DE MÉXICO

—
PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO.



A LAS SEIS Y CINCUENTA MINUTOS DE LA TARDE
DEL DÍA 10 DE MARZO DE 1881

FALLECIÓ EN TACUBAYA

GABINO BARREDA

SOCIO TITULAR DE LA ACADEMIA DE MEDICINA,
MIEMBRO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS DE LA CAPITAL,
CATEDRÁTICO DE PATOLOGÍA GENERAL EN LA ESCUELA DE MEDICINA
Y
FUNDADOR DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA.

— ♦ ♦ —

El Dr. Barreda fué un sabio que honró á la ciencia y á la patria; su claro talento y su vasta instruccion lo hicieron colocar en primer término en los diversos ramos de las ciencias que cultivó; difícilmente ocupará otra persona el puesto que deja vacío en las sociedades científicas á que pertenecía, y á las que dió un buen contingente de su saber, ya en las discusiones, ya en las páginas de sus periódicos con sus notables escritos.

La Academia de Medicina de México tuvo la honra de registrar su nombre en el catálogo de sus miembros, y deplora su muerte. En sus funerales fué representada por una Comision de su seno, formada por los Dres. Manuel S. Soriano como Presidente, Eduardo Licéaga y Manuel Ortega Reyes; el primero, cuando fué llamado á la tribuna, pronunció el discurso que damos al fin de este artículo; la mencionada Comision y muchos de los miembros de la Academia acompañaron al cadáver al Panteon de Dolores.

Para que los suscritores á la Gaceta puedan graduar la estima de nuestro socio, como sabio y como maestro, ponemos en seguida una reseña de sus funerales.

El cadáver habia sido inyectado por nuestro socio Dr. Montes de Oca el dia 11; el 12 varias personas de diversas Corporaciones y Establecimientos fueron por el cadáver á Tacubaya, y á las once del dia el carro fúnebre que lo condujo se detuvo en la esquina de la calle de San Ildefonso; allí, la Escuela Preparatoria, la de Medicina, el Cuerpo Médico-militar y otras Sociedades y Establecimientos de instruccion, representados por sus principales miembros, recibieron el cadáver y lo trasportaron á la que fué Capilla de San Ildefonso.

El adorno del salon era sencillo y alegórico; estaba dividido por una barandilla, y en la parte del fondo, en el centro, sobre un catafalco se colocó el féretro como á 45° de inclinacion para ser visto con facilidad el cadáver: reposaba vestido de negro con guante blanco.

A los piés del féretro se puso la cubierta, sobre ella un volumen abierto de la obra del inmortal Augusto Comte, rodeado de elegantes coronas fúnebres. En la parte posterior del salon, hácia arriba, estaba el retrato en lienzo del ilustre Maestro, y sobre el cuadro, escrito con grandes letras de oro, el lema del padre de la filosofia positivista, Augusto Comte, *Orden y Progreso*. Abajo las detenidas agujas de un reloj, marcaban la fatal hora del fallecimiento.

Sobre sus respectivos sustentáculos, y formando el fondo de la escena, se encontraban entre otros muchos aparatos científicos, el acústico de Kœning, la máquina eléctrica de Ramsden y varios pequeños libreros de esqueleto, conteniendo las obras que fueron el constante estudio del malogrado Maestro. Despues, como avanzando este trofeo científico para más adelante y circundando el catafalco, se encontraba la máquina hidro-eléctrica de Armotrong; á la izquierda, y en igual término á la máquina anterior, se hallaba colocado en su inclinacion média, un gran telescopio Gregory; sobre los ángulos de la base del túmu-

lo, cuatro magníficos pebeteros exhalaban sus vapores de mirra é incienso.

Preparaciones anatómicas y aparatos de física y química de diversos tamaños, multitud de otros aparatos pequeños, colocados en columnas y alternados con mecheros de alcohol que despedían una flama verde, se hallaban artísticamente distribuidos. Todos los instrumentos y aparatos estaban cubiertos de crespon negro y guirnalda de ciprés. Seis antorchas clavadas en el suelo, alumbraban con algo, como el fuego sagrado de la ciencia, el cadáver del sabio.

Las paredes laterales, en la distancia comprendida entre la barandilla y la pared posterior, sobre lienzos blancos encresponados, se leían los nombres de las Sociedades: «Geografía y Estadística,» «Historia Natural,» «Liceo Hidalgo,» «Academia de Medicina,» «Sociedad Filoiátrica,» Metodófila «Gabino Barrera,» «Asociación Larrey,» «Pedro Escobedo» y «Andrés del Río.»

Allí permaneció expuesto el cadáver hasta el día 14 que se verificó la inhumación. Durante el tiempo de su exposición fué visitado por multitud de personas de todos sexos, y velado constantemente por Directores, Catedráticos y alumnos de todas las Escuelas Nacionales.

Las cartas que se repartieron con profusión citaban para las ocho de la mañana del 14, hora en que debía empezar la ceremonia fúnebre: ya á esa hora el salón estaba lleno de concurrentes: á las nueve principió: veíanse á la izquierda del féretro, en una pequeña plataforma, presidiendo las honras, los distinguidos Sres. Francisco Díaz Covarrúbias, representante de la familia; Alfonso Herrera, Director de la Escuela Preparatoria; Francisco Ortega, de la de Medicina; á la derecha y al pié, estaban los Sres. Manuel Contreras y Dr. Adrian Segura, desempeñando las funciones de maestros de ceremonias. Seis personas, que por intervalos se relevaban formaban de pié y á los lados del cadáver la guardia fúnebre; el resto de esta parte del salón estaba ocupado por las personas que representaban las Sociedades científicas. Fuera de la barandilla, el resto del salón apenas podía contener á los alumnos de todas las Escuelas superiores, á los amigos y á los discípulos del Sr. Barrera. En estos funerales estaba representada la ciencia en todos sus ramos. Abogados, Médicos, Ingenieros, Literatos, Periodistas, etc., etc., y como pocas veces hemos visto, el duelo era tan espontáneo y verdadero, como general.

Ocupó en primer lugar la tribuna el Dr. Manuel Domínguez, llevando la palabra por la Escuela de Medicina; en seguida el Lic. Justo Sierra, por la Escuela Preparatoria; despues el Dr. Alberto Escobar, por el Cuerpo Médico-militar; luego el Dr. Porfirio Parra, por la Sociedad Metodófila; el Sr. Juan de Dios Peza, por la Sociedad de Geografía y Estadística; el Dr. Manuel S. Soriano, por la Academia de Medicina, y despues varias personas representando á diversas Sociedades.

Terminados los discursos, el Sr. Díaz Covarrúbias, profundamente conmovido, dió las gracias en nombre de la familia del Sr. Barrera á todas las perso-

nas que estaban presentes, por los sentimientos de profundo cariño y dolor que los agrupaba al lado del cadáver.

A las doce del día se retiró la concurrencia, citándose para las tres, hora designada para acompañar el cadáver al Panteon de Dolores.

A las tres de la tarde los Sres. Alberto Cárdenas, Andrés Almaráz y Luis E. Ruiz, nombrados maestros de ceremonias, organizaban á las puertas de la Escuela Preparatoria el cortejo fúnebre en la siguiente forma:

La música del batallón de Zapadores.

Seis personas que sucesivamente se iban turnando entre las designadas de antemano, para conducir el féretro.

El cadáver. A los lados del ataúd y llevando las bandas que de aquel pendían; á la derecha, los Sres. Alfonso Herrera, Director de la Escuela Preparatoria; el Sr. Ignacio Fuentes, miembro de la familia, y el Sr. Manuel Contreras.

A la izquierda el Sr. Dr. Francisco Ortega, Director de la Escuela de Medicina; el Sr. Dr. Francisco Montes de Oca, Director del hospital de Instrucción, y el Sr. Lic. Protasio Tagle.

Seguía al féretro el grupo de personas designadas para conducirlo.

Un magnífico carro fúnebre tirado por seis arrogantes caballos negros conducidos por otros tantos palafreneros, iba á continuación.

Seguía en la comitiva la música del 9.º Batallón expresamente mandada á tomar parte en el cortejo por el Sr. Mayor del Cuerpo, Francisco Gil, antiguo discípulo del Sr. Barreda.

Una fagina de gendarmes guardaba el orden y abría paso entre la multitud.

El resto de la comitiva se formaba de los alumnos de la Escuela Preparatoria, de los de las demás Escuelas, de las Comisiones de las Sociedades científicas, del Cuerpo Médico y de los antiguos discípulos del Sr. Barreda.

Presidía el duelo el Sr. Lic. Fuentes como representante de la familia.

Un séquito de carruajes cerraba la comitiva.

La carrera seguida por el cortejo fué: calle de San Ildefonso, Encarnación, 2.ª y 1.ª de Santo Domingo, Empedradillo, calles de Plateros, San Francisco, San Juan de Letrán, 2.ª y 3.ª de la Independencia, y de aquí por la vía férrea hasta el Panteon de Dolores.

En el carro fúnebre y de pie acompañaban al cadáver los Sres.: Dr. Adrian Segura, Lic. Miguel Macedo, Lic. Rafael O'Horan y Sr. Andrés Almaráz.

Llegado al cementerio, los Sres. Alfonso Herrera, Francisco Montes de Oca y Protasio Tagle, condujeron en hombros el féretro hasta el borde de la fosa.

Esta es de primera clase, y se halla á la entrada del Panteon, á la derecha, en uno de los compartimientos más altos y bellos de nuestro magnífico cementerio municipal.

Liada la caja por las correspondientes sogas fueron éstas tomadas por los

Sres. Ortega, Herrera, Montes de Oca y Alvarez, y cuidadosamente colocada por ellos en la profunda fosa.

El Sr. Alberto Cárdenas, maestro de ceremonias, tomó una pequeña pala con tierra y la entregó al Sr. Herrera.

Las personas más caracterizadas entre las presentes, sucesivamente fueron arrojando paladas de tierra y ramos de flores hasta cubrir el féretro.

Un jóven, cuyo nombre no sabemos, en cuyo semblante se reflejaba un profundo dolor, despues de enjugarse una lágrima con el guante, lo arrojó á la fosa.

¡Todo estaba concluido!

La numerosa y selecta comitiva, que forma en México, lo que propiamente se puede llamar la aristocracia del talento, se retiró profundamente conmovida, al abandonar los despojos mortales del ilustre sabio.

Sobre aquel sepulcro más tarde se ha de levantar un monumento, y sobre aquel monumento, la historia se encargará de escribir con letras de oro el nombre de GABINO BARREDA.

EN LOS FUNERALES DEL ILUSTRE DOCTOR GABINO BARREDA,

POR LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MEXICO.

La Academia de Medicina de México, transida con el dolor más acerbo por la irreparable pérdida que acaba de experimentar con el fallecimiento de su ilustre miembro, me envía á este sitio para hacer patente su afliccion, para asociarse con vosotros y llorar su pena.

Querer en estos momentos valorizar todo el peso de la desaparicion del Dr. Barreda, seria querer tocar lo imposible; pretender con palabras decir lo que sentimos cuando su cadáver está frente á nosotros, seria un arrojito temerario; el tiempo y solo el tiempo nos podrá mostrar otro sabio como Barreda; y cuando veamos que las generaciones pasan y que su puesto no ha sido dignamente ocupado, entónces comprenderemos todo el valer de nuestro Maestro querido.

¿Quién sustituyó á un Leopoldo Rio de la Loza? ¿quién sustituirá á un Gabino Barreda?

La Academia de Medicina de México abre su segunda época la noche del 30 de Noviembre de 1851 en la casa del Dr. Leopoldo Rio de la Loza: veintisiete médicos distinguidos concurrieron, y en la votacion que se hizo nombrando Secretario, veinticuatro sufragaron por el Dr. Barreda; era que comprendian todá la importancia de ese puesto, y á ninguno encontraron tan apto para desempeñarlo como á él; y no se engañaron; fué el alma de aquella reunion; y cuando se discutian por primera vez en México asuntos de tan vital importancia como el empleo del cloroformo en su propiedad anestésica, Barreda, que lo habia es-

tudiado en Europa patentizó toda esa importancia, y con su claro talento predijo los eminentes servicios que prestaría á la humanidad.

En Diciembre de 1851 hace conocer por primera vez en México, importándola de Europa, la *Brayera anthelmíntica* ó «Cuso,» cuyas propiedades vermícidas demostró con la experimentacion, y su éxito dió tema á un luminoso escrito del nunca bien sentido Dr. Aniceto Ortega. En esa misma época leyó el Dr. Barreda sus interesantes «Apuntes sobre los tumores mamarios ó adenoides.»

Como redactor del periódico de la Academia de Medicina, durante su segunda época, el Dr. Barreda desplegó todas sus dotes dándole variedad é interés.

Los profundos conocimientos que poseía en la difícil ciencia que profesaba, resaltan en sus palabras cuando discute el diagnóstico de la pulmonía en los niños; cuando deja consignadas sus conclusiones tratándose de la amputacion en los casos de gangrena seca; en la manera de extraer los anzuelos, é investigando la naturaleza del ozono. De 1856 á 1858 volvió á desempeñar la Secretaría.

En 1864 la Seccion Médica de la Comision Científica de México tiene noticia de que las aguas del rio de Irapuato comunicaban á las plantas que recibian su riego, especialmente á las cereales, cualidades venenosas que daban origen en los hombres y en los animales á enfermedades extrañas y aun muy graves: recuerda que en Guanajuato se hallaba el Dr. Barreda, y sin vacilar se dirige á él pidiéndole datos sobre un mal de tanta trascendencia. El 9 de Noviembre del mismo año, dirige una carta á la Comision, en la que con claridad, tino y prudencia comunica los datos que posée, sin aventurarse á dar una resolucion sobre cuestion tan grave. Un año más tarde, el 10 de Setiembre de 1865, remite otra carta en la que analiza sus observaciones, deduciendo de ellas la sospecha de que la enfermedad proviniese del maíz alterado y no de las aguas enlamadas como se habia creído.

En 1871 fué nombrado Vicepresidente de la Academia.

Varias veces formó parte de comisiones delicadas que siempre desempeñó con conciencia y maestría.

Hé aqui, Señores, en pocas palabras consignados los servicios del Dr. Barreda durante su vida académica; y el sabio que con su claro talento y sus conocimientos profundos hizo brotar un rayo que alumbrara la oscura senda que tendríamos que recorrer, para llegar á un punto cuyo término fuese la verdad, ya no existe, y no volverá á ocupar el puesto que queda vacío entre nosotros.

Ya veis, Señores, si tiene razon de sér nuestro dolor, si está justificada nuestra pena.

La Academia de Medicina de México se asocia con vosotros para depositar á los piés de ese féretro su modesta corona de ciprés, simbolo de su tristura.

México, Marzo 14 de 1881.

MANUEL S. SORIANO.